

NOTAS DE VALENTÍN ALSINA AL LIBRO CIVILIZACIÓN  
Y BARBARIE (\*)

NOTA 1ª

Pág. 27 — renglón 23. — «En Corrientes, los campesinos»... etc. — Puede Vd. añadir, en comprobación de los renglones anteriores, que, en Corrientes, aunque se habla castellano, todas todas las clases, haban también el guaraní. De ahí viene que las clases bajas, al hablar castellano, usen sólo del pronombre *tú*, y no del *usted*, desconocido en el guaraní.

NOTA 2ª

55 — 19. — «En aquel momento, ha recorrido en su mente, dos mil estancias de la pampa»... etc. — Ante todo, una advertencia indispensable, que servirá como de introducción. Al tirar estas Notas, amigo mío, ha sido en el concepto de que Vd. me ha de permitir la más completa franqueza en la exposición de mis juicios, sean ellos exactos ó desacertados. ¿Me engaño en aquel concepto? Pues entonces, no siga adelante, y haga pedazos desde ahora este papel. ¿No me engaño? Pues entonces, le diré que en su libro, que tantas y tan admirables cosas tiene, me parece entrever un defecto general — el de la exageración: creo que tiene mucha poesía, sino en las ideas, al menos en los modos de locución — Vd. no se propone escribir un romance, ni una epopeya, sino una verdadera *historia* social, política y hasta militar á veces, de un periodo interesantísimo de la época contemporánea. Siendo así, foroso es no separarse en un ápice — en cuanto sea posible — de la exactitud y rigidez histórica; y à esto se oponen las exageraciones. Estas tienen que ser en Vd. una necesidad: ¿sabe por qué? Porque

(\*) Publicadas primera vez en la *Revistas de derecho, historia y letras*, dirigida por Estanislao S. Zeballos, tomos X y XI, año 1901. Hacemos presente que la numeración de las páginas y de los renglones se refieren a la 1ª edición.

creo — aunque puedo estar muy engañado — que es Vd. propenso á los *sistemas*; y estos, en las ciencias sociales como en las naturales, no son el mejor medio de arribar al descubrimiento de la verdad, ni al recto examen, ni á la veraz exposición de ella. Desde que el espíritu esté ocupado de una idea anterior, y se proponga hacerla triunfar en la demostración, se expone á equivocaciones notables, sin percibirlo. Entonces el escritor, en vez de proceder analíticamente, en vez de examinar cada hecho en sí mismo, para ver lo que de él se deduzca, y de este conjunto de deducciones y observaciones sacar, recién á lo último, una deducción general, ó *resultado*; en vez de este proceder, emplea el sintético: esto es, sentada una idea jefe, recorre cuantos hechos se le presentan, no para examinarlos filosóficamente y en sí mismos, sino para alegarlos en prueba de su idea favorita, para formar con ellos el edificio de su sistema. De aquí nace naturalmente que, cuando halle un hecho que apoye sus ideas, lo exagere y amplifique; y cuando alle otro que no se encuadre bien en su sistema, ó que lo contradice, lo hace á un lado, ó lo desfigura ó lo interpreta: de aquí nacen las analogías y aplicaciones forzadas; de aquí los juicios inexactos ó parciales á cerca de los hombres y sucesos; de aquí las generalizaciones, con que, de un hecho individual, y tal vez casual ó insignificante en sí mismo, el escritor, deduce una regla ó doctrina general. Todo eso es una necesidad en los sistemas: hay que tributarles muchos sacrificios. Vd. se propone mostrar la lucha *activa* entre la Civilización y la Barbarie; la lucha cuyos gérmenes venían de largos años atrás, y la cual, de largos años atrás, existía *sordamente*: la lucha entre las campañas y las ciudades, y en la que, por una ley necesaria, y casi por una especie de fatalismo, aquellas triunfaron, y debían triunfar. — Creo que algo de exacto hay en el fondo de esta idea, sin que mi humilde opinión, lo sea en todo. Mas adelante, algo diré sobre esto. Aquí anticiparé que tal vez ese resultado no se ha debido tanto á un orden dado de cosas, de ideas ó sentimientos en las campañas, cuanto á mil acasos y accidentes, a hechos en sí insignificantes, á la ignorancia e inestudio de nuestro estado social, y á multitud de errores políticos y militares. Digo esto aquí, únicamente por explicar mi pensamiento á cerca del efecto que en las inquisiciones históricas producen las exageraciones, consecuencias necesarias de los sistemas previos. Así: lo que Vd. expone sobre el gaucho baqueano, malo, rastreador, etc., aunque sea necesario al sistema de Vd., tal vez no sea exacto en la latitud y generalidad que

Vd. lo presenta. De ningún modo digo que esos hechos no sean exactos, y especialmente *los prodigios* (no merecen otro nombre) del rastreador; bien que yo jamás había oído cosa ni medio parecida. Digo solamente que en Europa, al leer esas páginas, y aun al leerlas en América quien no sea argentino, creerán que esas calidades son generales, o al menos comunes, en el gaucho argentino; en rigor son *excepciones, rarezas*. Vd. hace de esos caracteres excepcionales, una especie de *clase*, y esto es lo que creo no ser exacto; y después, en los detalles, las necesidades de su sistema, le arrastran á las exageraciones. Sirvan de ejemplo las palabras que hacen el texto de la presente Nota: "En aquel *momento* (vaya Vd. contando las hipérbolos), ha recorrido en su mente *diez mil* estancias de la pampa *ha visto y examinado todos* los caballos que hay en la provincia, con sus *marcas, colores, señales particulares*, y convencido de que no hay *ninguno* que tenga una estrella en la paleta"... Lo de Napoleón que Vd. añade, es tan cuento tártaro, como tantas otras cosas; no sería lo más asombroso la memoria de Napoleón, cuanto que hubiese tenido ocasión, motivo, interés y 18 ó 20 años desocupados, para oír, una á una, las historias de 200.000 hombres: y con todo, más fácil sería que un general conociese a 200 soldados y la historia de cada uno, que el que un gaucho — á no convertirlo Vd. en viento — sepa lo que Vd. dice, cuando á cada instante nacen y se marcan animales; y en fin, aunque esto fuese humanamente posible, sería una excepción estúpida. Repito que sólo por vía de muestra me he fijado en esta pequeñez. De todos modos: en la historia, no me gustan *los prodigios*, aunque sean ciertos; y yo suprimiría el *mil*. Considere Vd. que sobrado admirable sería el gaucho que *en un momento* hiciera todo eso, respecto de los miles de caballos que, al menos en la provincia de Buenos Aires, pueden contener *diez* estancias: *y considere también que una pampa en que hubiese 100 estancias* (no las hay en la provincia), ya no sería pampa.

## NOTA 3

64 — 21. — «Rosas aun hoy... corre sobre dos caballos, alza un peso fuerte del suelo, en la velocidad de la carrera"... — Así será; pero yo jamás he oído de Rosas, ni de nadie esa gran prueba, y deseara verlo para creerlo. El *máximum* que he oído, es alzar,

en la *velocidad de la carrera*, un sombrero (\*). Pero sea de ellos lo que sea no es cierto que *aun hoy* (en 1845, ni después), Rosas haga esas pruebas. Desde 1835, lo más que se le ha visto, es galopar un poco, al ir ó volver de la quinta.

## Nota 4

67 — 9 — "eran otros tantos bandidos comandantes" ... — Pancho, envenenado por Rosas, no era comandante, sino coronel de un cuerpo veterano (blandengues., de Bahía blanca). Celarrayan, su sucesor, idem; ninguno de los dos era *bandido*, y aun Celarrayan, que más bien era hombre decente, murió de resultas de la conspiración en que estaba, contra el tirano. — Molina mandaba una división de indios, cuando Rosas lo hizo envenenar. No sé si Pajarito y Arbolito tenían el título de *comandantes*, pero no tenían mando. De todos modos, aunque esos cinco hombres hubieran sido *comandantes*, bueno fuera advertir que no eran *comandantes de campaña* (cosa muy distinta), como se creará al leer eso, pues de *comandantes de campaña* va Vd. hablando allí. Por lo demás, en tiempo de de Rosas éste no ha dado el cargo de comandante general de campaña á *hombres vulgares*, ni no vulgares: no lo ha habido: lo más que ha habido, en cortos intervalos, ha sido comandantes del sud ó del norte; nunca uno general, como él.

saban, esto es, temían á Rosas, á pesar de ser íntimos amigos suyos. Pacheco, su subalterno, que acababa de acompañarle al Sur; su compadre Terreros, su pariente F. Anchorena, etc. — Bueno es también advertir que al fin se acudió al doctor Maza, no como á doctor Maza, sino únicamente en su carácter de Presidente de la Sala. Se encargó *previsoriamente* el gobierno al *Presidente*.

## Nota 51

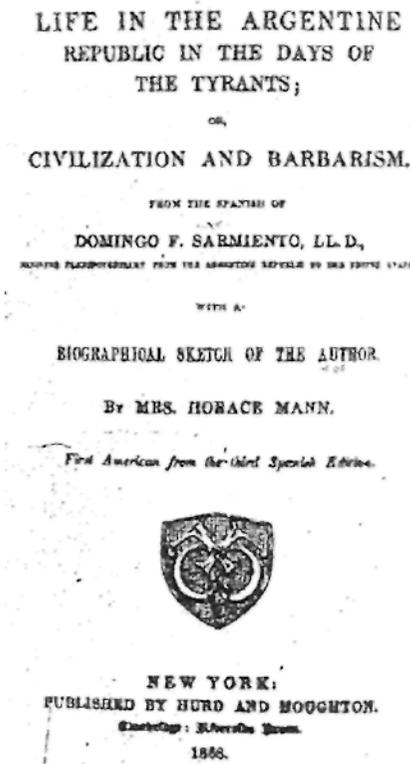
Somos 29 do octubre de 1850— Mi amigo — Desgraciadas están estas *Notas* — Me las pidió Vd. y se las ofrecí en enero de 1846; pero poco después sobrevino aquí una revolución, y las cosas siguieron empeorando tanto, que jamás estuvo el espíritu en aptitud de contraerse á nada de esto. En junio de 1843, empecé con el *Comercio*: menos entonces — Lo que precede, lo escribí en julio último, en que me procuré unas semi-vacaciones: pero tuve que suspender — Como ignoro cuando podré continuarlas y concluir las, y se presenta hoy tan segura ocasión de enviarlas, allá van — Aun me falta mucho.

He omitido — y lo mismo haré en lo que me falta, varias pequeneces, pues sería nunca acabar — Espero se dignará Vd. disculpar, ahora y después, ya mi prolijidad — indispensable para rectificar ideas — ya la rigidez con que no he querido dejar pasar errores — al menos los reputo tales — acerca de los hechos, como acarca de los juicios. Ya dije que creía que Vd. no quería escribir un romance, sino una historia; y para escribir históricamente, para reformar su libro como Vd. piensa hacerlo, es inevitable todo aquello.

No conozco á nadie que quiera ó pudiera escribir estas *Notas*; es decir, que esté tan al cabo de tantos pormenores (y aun los expuestos, y que expondré, son pocos, respeto de los que entrarán on mis *Apuntes Biográficos*), ó al menos, que los tenga tan presentes.

Es posible, sin embargo, que, acerca de menudencias ó detalles, yo también haya incurrido en algunos errores; pues cuanto dejo escrito, y escriba después, lo he escrito y escribiré, sin registrar un solo papel, y fiado únicamente en mi excelente memoria: pero juzgo que serán pocos — De todos modos: ruego a Vd. que al menos, en cuanto á mi sinceridad, á mi buena fe, á mi intención, me haga la justicia de no abrigar género alguno de duda.

VALENTÍN ALSINA.



PORTADA DE LA TRADUCCIÓN INGLESA DEL FACUNDO.